
EL CENTINELA
DEL CASTILLO
DE ARENA

EL CENTINELA DEL CASTILLO DE ARENA

Autor: Pablo Valdés Argüelles

Ilustración de portada: Eva María Valdés

ISBN: 978-84-938954-0-2

Dep. Legal: AS-2011/2011

Editorial Ánade

Diseño, maquetación e impresión:

HiFer A.G. Oviedo. www.hifer.com

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo o alquiler o cualquiera otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin permiso previo y por escrito del titular del Copyright.

© El Copyright y todos los demás derechos son propiedad del autor y está debidamente registrado en el Registro General de la Propiedad Intelectual de Asturias.

PRÓLOGO

Como cada día, el patio del bloque de psiquiatría del Hospital Universitario Central de Asturias era un hervidero a media mañana. Después de desayunar y tomar sus dosis de medicinas, la mayoría de los pacientes podían salir a respirar un poco de aire fresco.

Algunos caminaban mientras murmuraban y gesticulaban dándole explicaciones a nadie, otros charlaban animadamente con sus compañeros, aunque no importaba mucho si estos les escuchaban o no. Raúl acechaba a una mariposa por el césped con las manos en los bolsillos esperando que esta se confiase para saltar sobre ella; cosa que nunca ocurría. Carmina y la señora García discutían desde sus respectivas sillas de ruedas, sobre si se vivía mejor con Adolfo Suárez o con Felipe González; de pie junto a ellas, Adelina les daba la razón a ambas asintiendo enérgicamente con la cabeza. Un grupo de hombres defendían con más pasión que argumentos su postura ante la gran pregunta: ¿Real Madrid o F.C. Barcelona? Salvo Pablín, que testarudo repetía una y otra vez: “Ni uno ni otro, el mejor el Real Oviedo, aunque esté en segunda división”. Apartado, todo lo lejos de la algarabía que las dimensiones del patio le permitían estar, bajo la sombra de un roble, Leopoldo fumaba, murmuraba y escribía poesía en una ajada libreta.

Mientras observaba la escena, David, el celador, no pudo evitar pensar en el recreo de una escuela. La principal diferencia (aparte de la edad), era que aquí casi todos vestían un pijama azul claro, corte-sía del Hospital. ¡Ah!, y que no había pelotas ni combas.

Otra diferencia, aunque más sutil, era que los pacientes del “Bloque” (así se conocía a la Unidad Psiquiátrica del Hospital) eran más repetitivos: cada día se ponían en el mismo sitio, hacían las mismas cosas a la misma hora que el día anterior, cada día hablaban con las mismas personas e incluso, es posible (aunque David no estaba seguro), que cada día hablasen de las mismas cosas, utilizando las mismas palabras.

En cierta ocasión, la doctora Palacios le dijo que la rutina ayu-

daba a las personas a sentirse seguras. No utilizó esas palabras exactas, pero en síntesis eso era lo que quería decir. Es lo malo de la doctora, que tienes que escuchar su perorata y tratar de captar la esencia de lo que te está diciendo. A veces lo consigues y otras no. En ese sentido (y en todos los demás), David prefería a la doctora Andrea Alonso: era mucho más..., bueno, era mejor.

Sin necesidad siquiera de echar un vistazo, David sabía exactamente dónde tenía que ir para encontrar a Martín, que era la persona que buscaba. Como los demás pacientes, Martín siempre repetía las mismas rutinas, y a la hora de salir al patio, se sentaba en el mismo banco, con el culo sobre el respaldo y los pies en el asiento. Encendía un cigarrillo y observaba a sus compañeros con una sonrisa de oreja a oreja.

Tenía veinticinco años, era alto y atlético, tenía el pelo muy corto y con manchas rubias (por agua oxigenada que él mismo se echaba), llevaba unas gafas de pasta marrón con unos cristales bastante gruesos que le aumentaban los ojos (o al menos daba esa impresión).

Era un tipo extraño (claro, que por algo estaba en un manicomio), pero lo era en un sentido diferente a los demás pacientes. Sufría de esquizofrenia, tenía alucinaciones y oía voces, como muchos otros, mas a él le gustaba o al menos nunca se quejaba. Aseguraba que se le aparecía un espíritu al que llamaba Caraculo (por que según él tenía la cara muy redonda y blanca) o Cecé, para abreviar.

Todo el mundo adoraba a Martín, era muy amable y cariñoso con todos (menos con Héctor). Conceptos como: timidez, vergüenza, prudencia o temor; no existían en su vocabulario. Lo que unido a su extraño sentido del Deber y la Justicia, y aderezado con un poco de locura y Caraculo, hacían de Martín un habitual de los juzgados y de ser condenado a pasarse una temporada en un manicomio.

-Buenos días, Martín, ¿puedo? -preguntó David señalando el banco.

-¡Claro! -respondió sonriente.

Antes de sentarse, David prefirió asegurarse de que el amigo invisible de Martín no se encontraba cerca. Sentarse sobre la alucinación de un paciente no debe ser muy terapéutico.

-¿Y Cecé, sabes algo de él?

-No, ya hace más de un mes que se fue y no volvió a dar señales de vida. Claro, que si es un fantasma, o imaginario... Bueno, no dio señales de ningún tipo, tú ya me entiendes.

-¿No le echas de menos? –preguntó David mientras se sentaba junto a él.

-Quizá un poco al principio, ahora ya no. Tener a Caraculo cerca convierte mi vida en una montaña rusa. Así estoy mucho más tranquilo, creo que engordé un par de kilos y eso para mí es un milagro. Además hoy tengo que ir a hablar con la doctora Palacios y puede que me dé el alta.

-Me alegro por ti. Por cierto, me manda...

-No –le interrumpió Martín-. La respuesta sigue siendo “no”.

-¿Porqué? Si te van a dar el alta, por qué no juegas una partida de ajedrez con Héctor. No es que a mí me importe mucho, pero nos está machacando con ese asunto: que si ya ganó a todos, que si sólo faltas tú, que si tienes miedo. Échale una partida y todos descansaremos por fin.

-¿Una partida con Héctor “asesinoenserie”? ¿A cuantas chicas mató? Si no quiero jugar es por su bien, si lo hiciese, después de ganarle le metería el tablero por el culo y estaría cagando peones hasta Navidad –sentenció Martín riéndose de su propia ocurrencia.

Tras un largo silencio, Martín dio una calada y continuó.

-Dile que te confesé que me da miedo. ¿Vale?, así tal vez os deje en paz.

-Vale, pero no se lo va a creer y se va a cabrear bastante. Ya sabes cómo es –dijo David mientras se levantaba.

-Pues que se cabree, yo ya tengo bastantes preocupaciones y ninguna se llama Héctor.

1^a parte
LA BRUJA

CAPÍTULO 1

La pequeña Ana observaba sus propias manos, que descansaban sobre su regazo, como si perteneciesen a otra persona. Sus finos dedos de niña de seis años, entrelazados, parecían retorcerse intentando deshacer el nudo que habían formado. Mientras escuchaba al director del cole regañarla, ella sólo podía pensar en que papá y mamá estaban a punto de llegar. Una opresión en el pecho le impedía respirar, el rostro le ardía por la vergüenza que anticipaba que iba a sentir mamá. Pero... ¿y la decepción de papá? Cuando la mirase a los ojos con tristeza y dijese: “No me esperaba esto de ti”. ¿Puede haber algo peor que esa sentencia? Sin gritos ni castigos, sólo la decepción de papá.

Un ligero temblor del labio le anunció la llegada de las lágrimas; del llanto que Ana tanto odiaba. ¡Sólo lloran los bebés, ella ya era mayor para llorar! Respiró hondo, apretó los dientes y decidió que no lloraría ni cuando llegasen sus padres.

Después de un largo e intenso discurso, el director se dejó caer pesadamente en el sillón del despacho tras un rotundo: “A ver que dicen tus padres cuando lo sepan”.

“¿Cuándo lo sepan? ¿Cuándo sepan qué?”, se preguntó Ana. Por primera vez, se dio cuenta de que no sabía porqué estaba allí. No había hecho nada malo, al menos que ella supiese. ¿Sería por sacarle la lengua a Laurita en el recreo? Seguro que no. Si fuese por eso, medio colegio estaría en el despacho del director.

Ana levantó la mirada y observó a don Carlos que sentado tras su mesa de despacho escribía algo con expresión severa.

Reuniendo el valor suficiente, Ana decidió preguntarle porqué estaba tan enfadado con ella. Cuando abrió la boca para preguntárselo, alguien llamó a la puerta. Ana cerró la boca, tragó saliva y volvió a mirar cómo sus manos se retorcían nerviosas.

No llevaba Lucía más de tres meses trabajando en la secretaría del colegio de San Rafael, pero en ese tiempo nunca había visto al

director tan enfadado. “¡Pobre niña!”, pensó Lucía mientras miraba a Anita. Era rubia, rizada, menudita y con unos grandes ojos azules. Seguro que don Carlos sólo quería asustarla un poco. Lucía observó al director que corregía unos exámenes mientras le temblaba el bigote (síntoma de que estaba muy enfadado).

Cuando llamaron a la puerta, Lucía estaba pasando unas cartas a máquina. Vio entrar a un hombre fornido, no muy alto, tenía unos pequeños ojos negros de mirada inquietante y mostraba una sonrisa torcida que no invitaba a la confianza, precisamente. Sintió que un escalofrío le recorría la espalda cuando su mirada se encontró con la de aquel tipo. Estaba claro que ese no era el padre de Ana, ni siquiera se le parecía un poco. Vestido con unas sucias ropas de faena y con aquellas manazas acostumbradas al duro trabajo físico, poco tenía que ver con el refinado abogado de trajes italianos, dientes deslumbrantes y educación exquisita que iba a buscar a la niña con un mercedes descaptable.

-¿Qué quiere? -le preguntó don Carlos al intruso de mala gana.

Sin decir nada, aquel hombre le tendió un papel. Después puso una mano sobre el hombro de la niña que permanecía sentada. Cuando esta levantó la mirada y lo vio, su rostro cambió totalmente. Nunca había visto Lucía una expresión de terror tan intensa como aquella.

La niña, al verle, dio un salto hacia atrás, como si la hubiesen pinchado. Quedó blanca como la nieve, los ojos se le llenaron de lágrimas que caían por sus pálidas mejillas, mientras temblaba.

-Un momento, por favor -dijo el director, que había estado leyendo el papel sin percatarse de nada. Se levantó y fue a un archivador donde estaban las firmas de los padres y tutores de los alumnos.

Lucía se acercó a él y le susurró al oído: “Mire a la niña”. Don Carlos observó a Ana que continuaba con la boca abierta, los ojos desorbitados, temblando y llorando sin consuelo.

-Mira la firma -dijo el director encogiéndose de hombros.

Con la esperanza de encontrar alguna diferencia entre ellas,

Lucía comparó la firma del papel con la del archivo. Eran exactas, no había duda de que aquel papel en el que el padre de Ana se disculpaba por no poder ir al colegio a recogerla, dándole poder a aquel tipejo para que se la llevase, estaba firmada por él.

Suspirando resignada, vio que él la miraba y movía la mano que tenía sobre el hombro de la niña hacia el cuello de esta, acariciándola.

-¡NO! –gritó Lucia sin soltarla.

-¿Quieres que nos denunciem? La niña no es tuya, no me obligues a despedirte por una cabezonería.

Lucía dudó y soltó a Ana, que gritaba intentando agarrarse a ella como a un salvavidas. La duda no duró más de diez segundos, pero se arrepentiría de esos diez segundos durante el resto de su vida.

“Puedes meterte el trabajo donde te quepa”, murmuró mientras salía corriendo tras ellos.

Cuando llegó a la puerta de la calle, solo vio alejarse un Alfa Romeo ranchera de color gris oscuro, con la niña y el tal Antonio en su interior.

-Vamos dentro, que hay mucho trabajo por hacer –dijo don Carlos.

-Vete a la mierda y hazlo tú –le respondió Lucia, mientras corría hacia su Ford Fiesta azul marino, para salir tras aquel cabrón.

CAPÍTULO 2

-¿Qué tal la semana? –le preguntó la doctora Paula Palacios a Martín mirándole por encima de sus gafas “de cerca”.

Le caía bien la doctora, claro que casi todo el mundo le caía bien, y eso que no era una mujer a la que se le cogiese cariño fácilmente. Además su aspecto no invitaba precisamente a la ternura. Tan delgaducha y estirada, con su cola de caballo, las gafas de leer sujetas en la punta de su nariz aguileña y esa expresión de severidad crónica. Pero a Martín le recordaba a la señorita Rottenmeier, de Heidi. Cuando hablaba con ella se la imaginaba gritándole a Heidi como en los dibujos animados. ¿Cómo la llamaba...? ¡Adelaida!

Cuando la doctora Palacios avanzaba por los pasillos del Bloque, dando grandes zancadas, todos parecían encogerse a su paso. Todos menos uno. Martín la miraba sonriendo, esperando ver aparecer tras ella a Heidi o Clara.

Ahora, en su despacho, mientras hojeaba el historial clínico de Martín, la doctora le examinaba tratando de determinar si podía darle de alta.

-Muy bien, doctora, gracias por preguntar. Aunque tengo algo de resfriado, pero supongo que lo que usted quiere saber es más psicológico, ¿no?

-Interesarme, me interesa todo. Le diré al doctor Cañedo que te mire ese resfriado. ¿Tienes noticias de tu amigo... Cecé? –concluyó la pregunta tras consultar el nombre en el informe que hojeaba.

-No, no sé nada de él desde hace tiempo.

-¿Cuánto tiempo? –ahora la doctora escribía en una hoja.

-No sé, unas cinco o seis semanas.

-¿Cómo fue, desapareció sin más o se despidió?

-Una noche, yo dormía tan tranquilo, cuando alguien me pellizcó la nariz. Ante tan desagradable sensación me desperté no muy contento que digamos, miré el reloj y eran las cuatro y veinticinco de la madrugada, lo cual no me ayudó a animarme. Junto a mi cama estaba Caraculo que parecía muy alterado. Me dijo que tenía que

irse una temporada para asegurarse de algo. Eso creo, la verdad es que no le presté mucha atención, le mandé a la mierda y seguí durmiendo. Desde entonces no supe nada más.

-Verás, Martín, la verdad es que aquí ya no pintas mucho, si sigues tomando la medicación no creo que vuelva ese amigo tuyo a visitarte. Pero debes ser constante con la medicación, sino volverán a traerte aquí. ¿Recuerdas por qué te ingresaron la última vez?

-¿Fue por el incidente del perro? –respondió Martín tras pensar-lo un rato.

-No, fue por querer tirarte desde una azotea.

-¡Ah, sí! –dijo riéndose al recordar-. No quería tirarme, solo pasear un poco por la cornisa, pero aquellos policías no me dejaron.

La doctora Palacios dejó de escribir, se quitó las gafas y le miró con expresión de severidad (más de la que tiene normalmente). Viendo que podía peligrar el alta médica, Martín decidió desviar el tema.

-Debería quitarse las gafas más a menudo, tiene unos ojos muy bonitos para esconderlos tras esos cristales –dijo luciendo una encantadora sonrisa.

-Aunque hable contigo doscientas veces, no dejas de sorprenderme. Voy a mandarte a casa hasta que vuelvas a armar alguna trastada y te traigan de vuelta. Procura que esta vez te dure la libertad al menos una semana.

-Prometido, doctora.

-Espera un momento, voy a cubrirte el alta médica para que se la entregues a la doctora Alonso. Ella lo arreglará todo para...

En ese instante, Martín dejó de prestar atención a la doctora Palacios por que un rostro blanco y redondo apareció en la consulta atravesando la pared que había al fondo. Por un momento, Martín no reconoció a Cecé. Estaba más blanco que de costumbre (si es que eso era posible), con sus grandes ojos negros abiertos de par en par y su mata de pelo color azabache parecía cardada y estaba llena de tierra y mugre. A Martín le recordó la escoba que usaban para barrer el patio del Bloque.

Cuando los oscuros ojos de Cecé se posaron sobre Martín, el espectro respiró aliviado y cruzó la consulta hasta situarse junto a la mesa que separaba a la doctora del paciente.

-*Tenemos que irnos ahora mismo* –dijo Cecé, que parecía muy asustado-. *Ha ocurrido un pequeño imprevisto que tenemos que solucionar ya.*

Iba Martín a responderle, cuando se dio cuenta de la presencia de la doctora que seguía escribiendo ajena al nuevo visitante.

-¿Con ese “alta” podré irme pronto? –le preguntó Martín a la Dra., sólo que en vez de mirarla a ella tenía fija la mirada en Caraculo.

-Ahora mismo. Se lo entregas a la doctora Alonso y después David te da tus pertenencias y ya está. Pero ya deberías de saberlo de memoria si estas cada poco entrando y saliendo del Bloque –dijo la doctora sin levantar la vista de los papeles.

-*Eso nos llevará por lo menos media hora y no tenemos ni cinco minutos. Hay que salir ahora mismo, en este momento, ipso facto.*

“¿Ipsa facto? Este tío es cojonudo. ¿Cómo pude vivir sin él todo este tiempo?”, pensó Martín, que empezaba a sentir el cosquilleo de quien está a punto de vivir una aventura. Es la misma sensación que tienes cuando te montas en la montaña rusa y el vagón en el que estás, sube y sube y está a punto de llegar a la cima. Cuando estás allí arriba, justo antes de la bajada, antes de ponerte a gritar como un loco.

Martín se sentía así por que sabía que en cuanto levantase el culo de la silla y se fuese con Cecé, podía pasar cualquier cosa. Y no serían cosas tranquilas y relajadas, sino más bien cosas arriesgadas, emocionantes y alocadas. ¿Que porqué lo sabía? Por que siempre ocurría eso.

Encogiéndose de hombros, Martín le dio a entender a su amigo invisible que no se le ocurría cómo irse inmediatamente.

Con un lamento, Caraculo miró al techo en señal de impotencia.

-*Ven* –dijo a Martín tirándole del brazo- *y trae la silla en la que estas sentado.*

Martín obedeció sonriente y tratando de no hacer ruido, como si la doctora estuviese dormida.

-No seas impaciente, Martín –dijo ella al notar que su paciente se levantaba y abría la puerta asomándose al pasillo- , que ya termino.

-*¿Ves aquella ventana?* –le preguntó Cecé señalando una ventana que había al final del pasillo.

Sospechando lo que pensaba hacer Caraculo, Martín tragó saliva y asintió con la cabeza.

-*¡Pues vamos allá!*

-*¿Estamos muy altos?* –preguntó Martín.

-*¿Altos de qué?* –preguntó la doctora que creía que Martín hablaba con ella.

-*No te preocupes, no te pasará nada* –dijo Cecé antes de echar a correr hacia la ventana.

“Eso ya lo sé”, murmuró Martín mientras veía a su etéreo amigo lanzarse por la ventana y atravesar los cristales sin causarles ningún daño, “pero no me gustan las sorpresas”.

Suspirando, se quitó las gafas metiéndolas en el bolsillo del pijama, cogió con fuerza la silla que había ocupado en la consulta y gritando, echó a correr por el pasillo. A la vez que corría y gritaba poniendo ante sí la silla, pensó que hacía más de un mes que no se divertía tanto.

CAPÍTULO 3

Debía llevar media hora, más o menos, Lucía persiguiendo a aquel cabrón bajo una incesante y molesta lluvia. Por fin habían dejado atrás la ciudad y las carreteras comarcales y ahora circulaban por una autopista. Durante la persecución, le había perdido de vista en dos o tres ocasiones, pero siempre que creía que aquel desgraciao había ganado, se lo volvía a encontrar como por arte de magia. La verdad es que Lucía estaba teniendo suerte y ahora, en la autopista lo tenía controlado, ya que aquella tartana no corría más que su Ford Fiesta.

Con el rostro sudoroso por la tensión, Lucía se aferraba al volante y se inclinaba hacia adelante con la nariz casi pegada al parabrisas y los ojos clavados en el Alfa Romeo que le precedía. ¡Tenía tanto miedo por Ana! ¿Cómo pudo ser tan cobarde? Nunca debió dejar que se la llevase aquel tipo, sobre todo después de ver como lloraba la niña cuando lo vio. ¡Como le ocurra algo malo a Anita, que se prepare don Carlos! Concentrada en aquel maldito coche, Lucía notaba cómo las lágrimas resbalaban por sus mejillas mezclándose con las gotas de sudor.

Siempre igual, toda la puñetera vida esperando que las cosas se arreglen por si mismas o lo hagan los demás, y cuando la solución no llega, cuando todo se va al traste, empiezan las lamentaciones. ¿Por qué no habré hecho esto o aquello? Si le hubiese dicho cuatro frescas. Si le hubiese denunciado. Si le hubiese parado los pies.

“Mierda”, murmuró enjugándose las lágrimas con la manga del jersey. No era muy práctico eso de llorar en medio de una persecución. Pero no lo podía evitar. “A la mierda”, volvió a murmurar Lucía harta de su debilidad.

Si cuando la vecina del primero le contó a mamá (¡pobre mamá!) que había visto a Lucía fumando en el callejón, se hubiese atrevido a decir que no era tabaco, que Nuria y ella jugaban a ser mayores usando tizas como si fuesen cigarrillos. Pero Lucía no dijo nada y sufrió el castigo en silencio. Y lloró, maldijo y renegó de su debilidad en silencio.

Ojala se pareciese más a Jaime, su hermano pequeño y su mayor orgullo. Se adoraban, incluso se compraron el coche a medias. Lucía lo usaba por semana para ir a trabajar y Jaime para sus escapadas de fin de semana.

Uno de los motivos de que se llevasen tan bien, tal vez fuese por lo opuestos que eran. Si Lucía callaba y se lo tragaba todo para luego llorar abrazada a la almohada, Jaime siempre tenía que decir la última palabra. Las discusiones de Jaime con mamá y papá eran eternas. Pero, claro, eso fue antes de que mamá enfermase.

Dando un viraje, el Alfa Romeo cogió una salida de la autopista. Fue tan repentino que Lucía tuvo que dar un volantazo para seguirle, además no pudo leer a dónde conducía esa salida. Claro, que eso no tenía mucha importancia, seguiría a aquel coche a donde fuese.

Sí, esta vez no estaba dispuesta a bajar los brazos, iba a seguir hasta el final. Quería cambiar las lágrimas sobre la almohada por la satisfacción de haber peleado hasta la extenuación.

Sería como decirle a la bruja de la vecina del primero: “Métase en sus asuntos, solo jugaba con tizas, no estaba fumando, que le den por el culo vieja de mierda”.

Sería como decirle a Tomás, que nunca había tonteado con otro, que si quería romper con ella no tenía que inventarse excusas. ¡Ah!, y que podía meterse la amistad por donde ella le diga. Después de más de tres años aguantándole, le dice que lo quiere dejar por que ella se pasa el día coqueteando con todos y eso a él no le gusta. Lo remató diciendo: “Pero podemos quedar como amigos”. Y la pobre Lucía solo podía llorar, intentaba decir algo pero los sollozos le impedían articular palabra. Antes de irse, Tomás le pone una mano en el hombro y le dice: “Lo siento”.

“¿Lo siento? –pensó Lucía-. Me deja, me llama puta y tengo que darle las gracias por que me ofrece su amistad y va, y lo siente”.

Pasó la mano por el parabrisas para quitar el vaho y así poder ver algo, de paso con la manga se secó el sudor de la cara. El Alfa Romeo

estaba acelerando pese a circular por una carretera secundaria.

-Tienes prisa, ¿eh? Pues vamos allá –murmuró Lucía pisando el acelerador.

Seguro que se había percatado de que le seguía y trataba de poner tierra de por medio.

Setenta por hora, tras un cambio de rasante, una larga recta.

Ochenta por hora, entre la lluvia y el parabrisas empañado, Lucía no tenía mucha visibilidad, pero veía lo suficiente para dar caza a ese cabrón.

Cien por hora, ya estaba recortando distancia, seguro que se estaba poniendo nervioso.

Ciento diez por hora, es curioso cómo a veces da la vuelta la tortilla, y no solo la tortilla.

Cuando Lucía se dio cuenta de que el Alfa Romeo estaba dando un frenazo, ya era demasiado tarde. Aun así, pisó el freno hasta abajo. El Ford Fiesta patinó bajo la lluvia y parecía demasiado tarde para esquivar el coche del cabrón, pero lo consiguió. Sin embargo, antes de dar ese volantazo que evitó el impacto o quizá mientras lo daba, Lucía creyó ver a Anita. Estaba en los asientos de atrás, mirando por el cristal trasero del Alfa Romeo. Sólo duró una fracción de segundo, Pero esa imagen quedó grabada en la memoria de Lucía para siempre.

El Ford Fiesta azul marino se salió de la calzada y dio varias vueltas de campana para acabar chocando contra un muro.